

Buenos Aires (R. A.)

19 febrero 1921

10 May. 9

II 21



RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo 7

«¿Otro jeroglífico?» — se dirá el lector. — Porque si presentándole ese signo le preguntan: «¿qué es eso?», de seguro que no cae en la cuenta de ello desde luego. Uno creará que el segundo signo es una A sin travesaño y no faltará quien diga que es la mitad inferior del nueve, — o sea  $4\frac{1}{2}$  — en numeración romana: IX. Y habrá quien llegue hasta a dar en el clavo de que es un seis, en numeración romana también, VI, vuelto del revés. Pero, ¿para qué vuelto así? Y este para qué les será un enigma. Y no ha de confundirse un para qué con un por qué.

«¿Para qué lleva el molinero el sombrero blanco y el carbonero lo lleva negro?» — preguntaba el maestro, y los discípulos se iban por lo de que «porque la harina a aquél y el polvo del carbón a éste...», y el maestro les interrumpía: «no, yo no pregunto por qué llevan los sombreros así sino para qué los llevan...» Hasta que rendidos los discípulos, exclamaba el maestro triunfalmente: «para cubrirse la cabeza, niños, para cubrirse la cabeza!» Y allí era el reír de la experiencia psicológica. Y el maestro empezaba a disertar sobre la diferencia entre el porqué y el para qué. Mas es lo cierto que la zancadilla está en la manera de preguntar.

Otras veces es el que responde el que se la juega al que pregunta. «¿Cuántas caras tiene un cubo?» — le preguntaban a un alumno en un examen, y él respondió sin vacilar: «Cinco.» «¿Cinco? ¡Ejese us-

ted bien... cinco?» «Cinco sí!» «A ver, que traigan eso... mírelo y cuéntelas!» «Esto no es un cubo; esto es un dado y por lo tanto tiene seis.» «¿Pero y el cubo?» «El cubo de agua tiene cinco porque le falta una para que se le pueda llenar de ella... ahora si usted cuenta la tapadera... porque allí no hay cara; hay hueco.»

Otras veces el alumno se revela. En el cap. III de la novela del Capitán Marryat titulada *Jacobo el fiel* hay un pasaje graciosísimo. «¿Qué es esto, niño?» — le pregunta Mr. Knapps, el maestro, mostrándole la letra A. Y Jacobo que había visto usar a su padre, el gabarrero, en la gabarra en que se crió en el Támesis, aquel signo para indicar medio bushel — un bushel viene a ser unos 36 litros — contesta: «Eso es medio bushel. Y se entabla este diálogo entre maestro y discípulo: «Medio bushel!» Tú si que eres más que medio tonto. Esto es la letra A.» «No, es medio bushel; me lo dijo mi padre.» «Entonces tu padre era tan grandísimo majadero como tú.» «Mi padre sabía lo que era medio bushel y yo lo sé, y eso es medio bushel.» «Te digo que es la letra A», gritó Mr. Knapps, ya furioso. «Es medio bushel», replicó Jacobo tozadamente. Y entonces Mr. Knapps, que era un pasante, le llevó al director de la escuela y rojo como el fuego le dijo: «No puedo con este niño, señor; niega la primera letra del alfabeto e insiste en que esta letra A no es A sino medio bushel.» Tras de lo cual se sigue otro breve diálogo que acaba en que el maestro principal sentencia así: «Bueno, Jacobin, esto representa la letra A, y cualquier otra cosa que te enseñe Mr. Knapps tienes que creérsela. Vuelve, Jacobo, y sé dócil.»

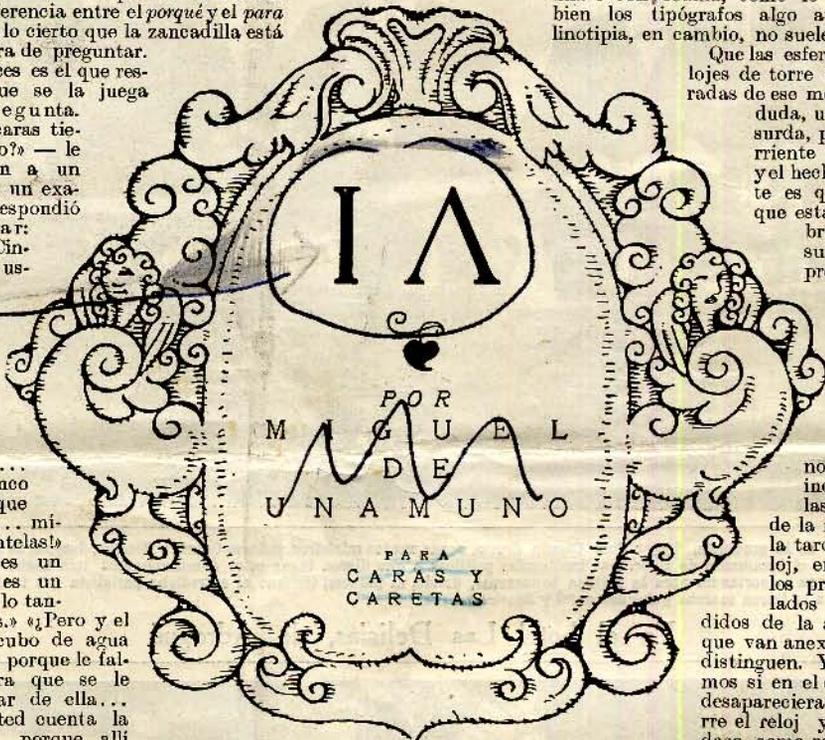
El recuerdo de este pasaje de la novela del capitán Marryat me trae a la memoria el de otra escena que presencié en casa de un amigo y es que como un hijo

suyo, pequeñito, dijera: «yo no sabo...» el padre le interrumpió: «se dice yo no sé, ya te lo tengo dicho...» y el niño: «no; sé es la de beber...» — se refería a la sed — y el padre, volviéndose a mí: «¿pero, ve usted?, no puedo con él que diga sé y no sabo; siempre me sale con eso de que sé es la de beber...» «Pero déjelo usted — le dije — que eso es prueba de carácter entero.»

«Y bien — dirá el lector a esto — ¿qué es, pues, esa IA?» Lo curioso es lector que los que andan por la calle aquí, en Salamanca, al menos, lo están viendo a diario y apenas consigo que uno dé en lo que es. Que no es sino pura y sencillamente las seis del reloj, lo mismo en el de la catedral que en el del concejo.

Porque la numeración, en cifras romanas, de la esfera del reloj de torre ha solido ponerse colocando los números como si se vieran desde el centro de la esfera y no en posición vertical cada uno de ellos. Que es lo que se hace cuando las cifras son arábigas, porque si a ese seis le pusieran patas arriba resultaría un nueve (y un cinco vuelto, g, dicho sea entre paréntesis, resulta una c con cedilla, como lo saben muy bien los tipógrafos algo avisados. En linotipia, en cambio, no suele resultar.)

Que las esferas de los relojes de torre estén numeradas de ese modo será, sin duda, una cosa absurda, pero es lo corriente y habitual, y un hecho interesante es que personas que están acostumbradas de toda su vida a interpretar esos sig-



nos IA como indicativos de las seis horas, de la mañana o de la tarde, en el reloj, en cuanto se los presentan aislados y desprendidos de la asociación a que van anexos ya no los distinguen. Y no sabemos si en el caso de que desapareciera de una torre el reloj y sólo quedase, como reliquia de él, la cifra que señaló las seis, si un curioso sabría interpretarla.

Claro es que simbólicamente lo mismo debería ser V que A ya que los dos signos pueden representar una mano con cuatro dedos de un lado, juntos, y el otro, el pulgar, formando ángulo con ellos, y así indicar cinco, que es el número de dedos de cada mano. Y si unimos los dos cincos por sus ángulos nos darán X, esto es diez. De la inicial de *centum*, cien, escrita en caracteres rectilíneos resultó la C y luego C. 100. Y la mitad de E es I o sea 50. Pero lo mismo pudo ser I. ¿Por qué no? Porque tenemos un signo L, nuestra ele, y no tenemos I. Como es sabido que (D), luego (C) y luego M es la inicial de *mille*, mil y la mitad de (D) resulta una D, o sea 500, que lo mismo pudo ser (J). Todo esto es cosa muy sabida pero no habitual.

Se enseña a las personas a asociar ideas y lo que se llama mnemotecnia, o arte de ayudar a la memoria no suele ser sino el arte de la asociación de imágenes, y hasta hay en psicología una escuela que se llama asociacionista. Mas para establecer asociaciones nuevas es preciso no pocas veces romper las antiguas, y de aquí la utilidad del arte de disociar ideas. Y acaso una de las señales en que se conoce un espíritu fino y sutilmente analítico es en su facultad de ver disociados conceptos que de ordinario se presentan juntos. Hay que enseñar a que el bosque no nos impida ver el árbol.